

LA MUERTE DE *DARLING*

*Para Arturo Monterroso,
con mucho cariño*

Mi bienintencionado y muy querido amigo:

Tomé su consejo cuando me dijo que debía hacer recortes en mi novela. Y cuánta razón tenía: aquellas partes eran discursivas, largas, espesas; me atrevería a decir: empalagosas. Recordé las palabras de Faulkner: *In writing, you must kill all your darlings*. Y es cierto. Los escritores podemos tender a sobreusar y sobrevalorar aquellas cosas, frases, palabras y momentos de nuestra memoria que nos son bienamados, pero que no necesariamente agregan valor literario a la obra. Así que, apelando a la razón, me deshice de ellos. Efectivamente, me pareció que veía surgir de entre tanta maleza los esquejes de lo que podrían llegar a ser arbustos frondosos, saludables. Me sentí liberado y ligero... En un arrebatado de entusiasmo, de fuerza vital, fui pinchando *delete* a lo largo de todo el manuscrito por donde fui encontrando necedades. Nada de desazón, nada de miedo.

Revisé arduamente todas las páginas, a conciencia, esta vez listo para deshacerme de todas aquellas frases cliché, de todos los lugares co-

munes. En mi defensa puedo decir que comencé esta novela cuando aún tenía poca experiencia literaria. Y debo admitir: me dio vergüenza aquella madeja de palabras. Estaba emulando todas esas expresiones que, en el momento en que fueron inventadas, eran brillantes, agudas y evocadoras... pero que a fuerza de uso y abuso ahora son palabras tan insulsas como el turrón de un pastel de quinceañera. No sé si la gente no se ha aburrido de hacer esas relaciones amelo-cochadas que resultan en metáforas de recalci-trante cursilería: ciego de amor, tocar el cielo con las manos, quedarse congelado del miedo, ver algo negro como la noche, correr a la velocidad del viento, las perlas de su boca... Así que me deshice de ellas. Barrí la casa.

Luego, con la casa y la conciencia limpias, comencé a deshacerme de algunas oraciones que eran un poco reiterativas innecesariamente. ¡Cuánta razón tenía, amigo mío! Era hora de reemplazar eso con algo nuevo y fresco. Y agregar más acción. Mucha más acción. Así que hice las anotaciones pertinentes: el capítulo 3 necesita tensión; en el 8, agregar pistas... y así. Ya estaba, la historia iba transformándose. No más discurso; gancho, gancho narrativo: el lector no debe quedarse dormido. Satisfecho, guardé el documento y me fui a la cama sintiendo que la mácula iba secándose como una costra y que en cuanto la nueva piel estuviera lista, desprendería la inservible para siempre.

Revisando y revisando, pasaron los días. Me di cuenta de que aún había demasiados *darlings*. Parecían haberse multiplicado en mi novela durante la noche. Pero no importaba, claro que no. Detrás de ellos se escondían tímidamente nuevas

ideas, nuevas acciones y nuevas intenciones más profundas, más psicológicas, más literarias. Descorché un buen vino, encendí un cigarrillo y me dije: “Es hora de segar, hora de hacer la roza, hora de plantar de nuevo”. Pero sentí miedo cuando conté las páginas: la novela se había reducido a su tercera parte. Así que me quedaba mucho, pero mucho trabajo por delante antes de que volviera a tomar forma, a que se perfilaran nuevamente los personajes. Los personajes. Debía deshacerme de algunos de ellos. Hay personajes que, como en la vida, solo estorban, entorpecen el andar. En fin, me quedé con la tercera parte, un poco temeroso del camino que había desandado y que debía volver a andar... pero no pasa nada, me dije. Es más, la perspectiva de la página en blanco parecía un incentivo, un sinfín de posibilidades; la creación concebida diez mil veces hasta alcanzar un sublime estado de gracia. Apagué la máquina, resuelto a volver a esas páginas con la avidez de un explorador, de un naturalista, de esos hombres emprendedores, templados e intrépidos.

Cuando ya solo quedara lo mejor, lo esencial y lo imprescindible, construiría sobre esas ruinas algo sólido, pero a la vez, interesante, intrigante, efervescente.

Para no darle largas al asunto, luego de hacer aquellas expediciones, de arrasar esas tierras, de limpiarlas de todo vicio, me encontré con algo inaudito y devastador: después de quitar los clichés, los lugares comunes, los personajes superfluos, las reiteraciones inútiles y los aburridos discursos, ¡ah, y de matar a todos mis *darlings!*, no quedaba ni una sola página escrita.

Así es, mi querido amigo: no quedaba nada,
nada más que una desoladora blancura.